

# La vivienda en cuarentena. Domesticidades y mujeres en la Asunción de la pandemia

## The housing in quarantine. Domesticities and women in the assumption of the pandemic

Melina Pekholtz<sup>a</sup>

### Resumen

Con la pandemia del COVID-19, la mayor medida preventiva impuesta por los gobiernos fue la cuarentena, el confinamiento de toda la población en viviendas, bajo el slogan de “Quedate en casa”. La casa como refugio y lugar de vida a todos los efectos, en un país con un déficit habitacional de 1.100.000 viviendas / 6.956.000 habitantes y con un déficit cualitativo muy complejo, que genera hacinamiento y violencia, y una situación de aún más vulnerabilidad para las mujeres, crea un escenario con aristas y problemáticas múltiples. ¿Cuáles son los efectos de este confinamiento que genera repercusiones sanitarias, económicas, sociales, espaciales y territoriales? Las políticas públicas impuestas para mitigar los efectos de esta pandemia son insuficientes para paliar una situación tan compleja. Las mujeres vulnerables ya antes de la pandemia, quedan aún más expuestas y sin más apoyos que las redes solidarias que se autogestionan.

**Palabras clave:** vivienda, mujer, espacios domésticos, nuevas tipologías habitacionales, domesticidad, roles.

### Abstract

With the COVID-19 pandemic, the biggest preventive measure imposed by governments was quarantine, the confinement of the entire population in homes, under the slogan of “Stay at home”. The house as a refuge and a place of life for all intents and purposes, in a country with a housing deficit of 1,100,000 homes / 6,956,000 inhabitants and a very complex qualitative deficit, which generates overcrowding and violence, and a situation of even more vulnerability for women, creates a scenario with multiple edges and problems. What are the effects of this confinement that generates health, economic, social, spatial and territorial repercussions? The public policies imposed to mitigate the effects of this pandemic are insufficient to alleviate such a complex situation. Vulnerable women, even before the pandemic, are still more exposed and without more support than self-managed solidarity networks.

**Keywords:** housing, women, domestic spaces, new housing typologies, domesticity, roles.

<sup>a</sup> Consultora Independiente, Paraguay.

Correspondencia a: melina.pekholtz@gmail.com

Recibido: 18 de mayo de 2020  
Aceptado: 30 de junio de 2020

Artículo publicado en acceso abierto bajo la Licencia Creative Commons.



Cita:  
Pekholtz, M. (2020). La vivienda en cuarentena. Domesticidades y mujeres en la Asunción de la pandemia. *Kera Yvoty: reflexiones sobre la cuestión social*, 5(número especial), 100-105.

## 1. Introducción

La vivienda se convirtió en el espacio *central* de todas las actividades en el contexto de la cuarentena impuesta a causa de la pandemia ocasionada por la COVID-19. El caso del déficit habitacional y las condiciones cualitativas con las cuales es afrontada esta cuarentena, generan una brecha aún más grande con respecto a la sobrecarga emocional y de labores para las mujeres; en quienes recae la responsabilidad de los cuidados y las distintas tareas domésticas. Nuevas formas de habitar se crean y la vivienda tradicional no es suficiente para responder a una posible nueva tipología habitacional que genere mejores condiciones de vida.

El 11 de marzo de 2020, el gobierno del Paraguay declaró la cuarentena obligatoria y con ello el confinamiento de aproximadamente 200.000 familias y grupos de convivencia en la ciudad de Asunción.

Las clases en escuelas y universidades fueron suspendidas el 2 de marzo, estableciendo una modalidad ambigua en cuanto a la educación en línea y múltiples tareas para ser desarrolladas en la casa.

Los espacios cotidianos en los que transcurre nuestra vida *normal* son según la categorización de Jane Jacobs (1961),

- El espacio de trabajo.
- El espacio de ocio y esparcimiento.
- El espacio de vida (vivienda).

Con la cuarentena, estos tres espacios quedaron condensados en uno: la vivienda.

En Paraguay, con un déficit habitacional cuantitativo de 1.100.000 viviendas y un déficit cualitativo con muchas aristas, con un alto índice de hacinamiento, de violencia intrafamiliar y de género, la cuarentena dura junto a un inminente colapso económico, sobre todo para los sectores más vulnerables, sonaba a bomba de tiempo.

Con el correr de los días, entre la desesperación y la solidaridad se fueron tejiendo las redes de apoyo comunitarias e intercomunitarias que fueron dando

un soporte de ayuda mutua (donaciones de alimentos, ayuda en los cuidados a los niños y apoyo moral), que de alguna manera pudo colaborar en las situaciones más apremiantes.

Se incrementaron en un 64% las llamadas para realizar denuncias de violencia de género con respecto al año pasado, pero; ¿cómo se denuncia a un agresor del que en muchos casos no pueden escapar y tienen que estar encerradas por tanto tiempo? ¿Cuáles son los costos e implicancias que tiene sobre la salud mental de quienes cohabitan los mismos espacios?

En cuanto a llamadas al 137 (línea de atención a mujeres víctimas de violencia doméstica e intrafamiliar) durante la cuarentena, no se ha registrado aumento significativo dado que a raíz de esta pandemia, las atenciones se hicieron exclusivamente por esta vía, destacó el Ministerio de la Mujer. (Carranza Jiménez, 2020, parr. 5)

La vulnerabilidad se torna entonces en una fragilidad extrema en estos contextos.

Entonces el *QUEDATE EN CASA*, el gran slogan de la cuarentena, sonaba como una sentencia.

El confinamiento aviva la tensión y el estrés generados por preocupaciones relacionadas con la seguridad, la salud y el dinero. Asimismo, refuerza el aislamiento de las mujeres que tienen compañeros violentos, separándolas de las personas y los recursos que mejor pueden ayudarlas. Es la situación perfecta para ejercer un comportamiento controlador y violento en el hogar. (Mlambo-Ngcuk, 2020, parr. 3)

Las mujeres practicando el teletrabajo (en su mayoría por primera vez), llevando las tareas escolares y domésticas y en los mejores casos recibiendo *ayuda* de sus parejas.

¿Qué significa *ayuda*? Si hacemos una lectura profunda, nos damos cuenta que la responsabilidad de los cuidados en la mayoría de las veces recae sobre la mujer y sus parejas deciden cómo y cuándo *dar una mano*. Las tareas domésticas, que hoy más que nunca resultan pesadas, caen por defecto en manos de las mujeres, o al menos su organización y logística.

El espacio doméstico que fue por excelencia el reino de la mujer, hoy se apodera de ella de manera multidimensional para poder ser funcional a todos los requisitos de los miembros de la familia.

La mujer se incorporó al ámbito laboral, sin embargo el hombre no incorporó hábitos de cuidado para su entorno de la misma manera y con la misma responsabilidad, sino con una pequeña *ayuda* que en muchos casos requiere ser demandada y reclama su reconocimiento.

La mujer como un *super-ser*, que debe desarrollar multitareas en simultáneo, esta es vista en este rol casi mandatorio y como el *summum de abnegación*, negándose muchas veces a sí misma *por lo demás*.

La naturalidad y la exacerbación de esta situación es lo que más desconcierta. La mujer-madre como concepto de hogar y micro-universo en sí mismo, genera una situación satelital en torno a su ser, en la cual todo lo que pasa en el espacio doméstico en cuanto a las tareas y cuidados depende de ella.

Y es que la mujer-madre-esposa es en el espacio de la vivienda la que ocupa todos los espacios y a su vez ninguna, ya que hasta su lecho de descanso es compartido. El hombre, sin embargo, se apropia incluso en la vivienda de los espacios más *públicos*, como ser los espacios destinados al ocio o actividades específicas como el escritorio (en caso de haber uno).

En el caso de las viviendas en asentamientos, la situación carga aún más las espaldas de las mujeres, ya que con las ollas populares, que fueron en su mayoría las mujeres las encargadas de la organización y ejecución de las mismas, fueron extendiendo su función doméstica

incluso a su comunidad.

Una vez que las ollas populares se fueron instalando en los distintos barrios de los asentamientos asuncenos, cada vez con mayores necesidades y dificultades, fueron también en la última etapa de la cuarentena *dura*, objeto de aplicación de protocolos de bioseguridad que en muchos casos agregaban nuevas cargas a las labores de las mujeres que también debían ejercer la vigilancia sobre ciertas normas.

Es así como se apela al *instinto maternal* para seguir obteniendo de las mujeres sus cuidados y atenciones, generando una reproducción social que lejos de cuestionar el papel del hombre en este nuevo paisaje doméstico, sigue cargando sobre la mujer responsabilidades incluso de orden social.

La vivienda como espacio doméstico por excelencia, ha sido una tipología que ha permanecido muy estable a través del tiempo a pesar de los cambios sociales que hemos experimentado a lo largo de la historia.

Con esta pandemia y la correspondiente cuarentena a la que dio lugar, la casa como espacio múltiple, ha sido el gran escenario de este momento bisagra.

La casa como lugar de descanso y recreación, como espacio de producción y trabajo, como intermediaria de relacionamientos y educación, como espacio social y de introspección, como lugar de ejercicios físicos e incluso mentales, como espacio mediador entre la salud y la enfermedad, nos invita a repensar sus usos y diseño, su deconstrucción y su nueva construcción con respecto a la figura de la mujer y el universo que ella representa en la actualidad y la nueva figura del hombre domésticamente activo.

¿Pueden nuevos espacios domésticos promover roles equitativos? Debemos dejar de lado la visión neutral sobre los espacios.

Es necesario definir nuevas reglas de juego, transgrediendo todas aquellas leyes creadas para controlar las formas y las personas. Y ello implica en primer lugar tomar conciencia de que la

primacía tipológica como posibilidad instrumental, basada en la estabilidad de las formas asociadas al habitar, pierde consistencia como método de identificación proyectual según los individuos van transformando sus pautas desde la vida familiar sedentaria hasta una instalación en el mundo describible como nómada ajena a los patrones tradicionales. (Amman, 2011, parr. 1)

Ante la pregunta más importante del día: ¿Qué vamos a comer hoy? (en muchos casos muy difícil de responder en estos tiempos de cuarentena) fue la mujer quién cargó con la responsabilidad de responderla y de organizar toda la logística que la pregunta implica (más allá de los casos excepcionales).

Ante la problemática más importante a ser resuelta en estos tiempos, los espacios domésticos fueron reconfigurándose para dar respuesta a esta pregunta y a otras que a causa de la *hiper-domesticación* de la vida cotidiana fueron generándose.

Entonces el espacio de la vivienda fue adquiriendo el status de espacio productivo, tanto para la alimentación (e incluso producción de alimentos) como para el teletrabajo, el estudio y demás actividades relacionadas a lo *laboral*.

Las mujeres-esposas-madres fueron entonces ocupando todo el tiempo de sus días a resolver las cuestiones domésticas y a *trabajar* en sus horas de descanso, en muchos casos cuando los hijos ya dormían, para poder así compatibilizar todos sus roles.

La *escuela en casa* suma así un rol protagónico en la agenda de las mujeres, más allá de su implementación, la carga mental y la culpa que generan en el caso de no cumplir o cumplir parcialmente, es una nueva preocupación en la ya abultada lista de responsabilidades.

Cuando en las respuestas espaciales, arquitectas actuales, con cierta sensibilidad proponen espacios comunes, para compartir cuidados y espacios afectivos, estos lugares que pueden ser muy benéficos

en situaciones *normales*, no serían útiles en un contexto de pandemia, entonces; ¿cómo se subliman los espacios que pueden generar un soporte y contención colectiva para las mujeres en circunstancias extremas? ¿Cómo adaptamos los nuevos usos de la vivienda a espacios más dinámicos que tengan la capacidad de incorporar a todos los miembros del núcleo de convivencia o familia?

La calidad de vida nunca dependió tanto de un solo espacio habitacional como es la vivienda y en un contexto tan desigual como el de la Asunción de la pandemia se hacen aún más patentes estas diferencias.

La vulnerabilidad de las relaciones que se gestan en estos espacios y la carga de trabajo, la responsabilidad emocional, la racionalización de los recursos y la producción de alimentos son factores claves en la definición del uso de los espacios y la reconfiguración de los mismos según las nuevas necesidades. ¿Cómo ejercen los espacios, a primera vista *neutrales*, como mediadores de las nuevas dinámicas de habitación? ¿Cómo funcionan los roles en estas interacciones y nuevas maneras de convivir?

La mujer como epicentro de la casa y de sus respectivas comunidades, más patentes en los diferentes asentamientos, donde se fueron organizando las ollas populares, quedan así ancladas a las tácitas responsabilidades asumidas en sus roles solidarios. Ejemplo de ello es la Olla Popular del Barrio San Francisco, del Bañado Norte, donde un grupo de mujeres autoconvocadas organizó la Olla Popular que fue alimentando no sólo a la gente del entorno que no podía acceder a alimentación diaria, sino que fue extendiendo su alcance hasta gente del Barrio Pelopincho (a 3,5 kilómetros de distancia) que venía por un plato a la capilla San Francisco que fue tomada para la elaboración del menú diario.

Las mujeres del barrio, que al principio recibían ayuda externa, que no siempre fue sostenida a lo largo de la cuarentena, se vieron obligadas a tener que poner de sus recursos los ingredientes y trabajos

necesarios para seguir manteniendo la olla mientras duraba la cuarentena. Ante la necesidad, fueron desarrollando un sistema de control y racionalización de los aportes, en el cual fueron asignándose actividades específicas e inventariando todas las aportaciones obtenidas. La comunidad fue así trabajando en red con otras comunidades (de dónde venían las aportaciones), también enteramente integradas por mujeres de clase media que se solidarizaron con ellas generando vínculos de ayuda y contención.

Un 80% de las mujeres de esta comunidad tienen como fuente de ingresos el trabajo doméstico y/o trabajos relacionados con servicios y/o cuidados. La crisis económica generada por el coronavirus tiene un gran impacto sobre los sectores de trabajos con altas tasas de empleo femenino (Abdul-Alim, 2020).

Nosotras, las empleadas domésticas no tenemos salida, las ayudas de los programas Pytyvõ y Ñangareko (subsidios del gobierno ante la emergencia a causa de la pandemia) además de haber llegado tarde, no nos alcanzan y van a hacerse por tiempo muy limitado. Si yo no trabajo, mi familia no come. Además tengo que comprar los remedios para mi hija, que una vez al mes me genera un gasto de 95.000 Gs. (Entrevista personal a Miriam Sugasti, Trabajadora doméstica en Asunción, residente del Bañado Norte)

En cifras de la Organización Internacional del Trabajo, 126 millones de mujeres trabajan de manera informal en América Latina y el Caribe. Eso equivale aproximadamente a la mitad de la población femenina de la región. “En América Latina, se traduce en inestabilidad laboral, bajos ingresos y falta de mecanismos de protección”, advierte Ana Güzmes, representante de ONU Mujeres para Colombia.

Si el trabajo de cuidados fuera remunerado, representaría el 9% del PIB

mundial, lo que equivale a 9 billones de dólares, en cifras de la OIT.

Esta etapa de cuarentena va a “sobrecargar de cuidado físico, emocional y económico” a las mujeres, valora Güzmes. “Ojalá sea una oportunidad para pensar un mundo donde la centralidad sea el cuidado”(Romero, 2020, parr. 13).

## 2. Conclusión

Se nos evidencia de esta manera, una ciudad desprovista de las condiciones mínimas para un habitar seguro. El déficit habitacional a nivel nacional establecido en 1.100.000 viviendas poco habla de las condiciones cualitativas que en el mejor de los casos, cubriendo esta demanda, tendrían los nuevos espacios de vida para sus futuros habitantes. Poder generar así una condición de vida más equitativa para las mujeres, con el fin de crear un entorno social menos hostil para aquellas que habitan en las zonas más vulnerables de la ciudad.

La pandemia nos revela de esta manera que las brechas se acentúan en los momentos de crisis y que la desprotección social desde la primera capa (hábitat primario; la vivienda) genera situaciones en las que la mujer se ve obligada a sortear sus cargas en un entorno que la presiona aún más en su rol de proveedora de cuidados. Con carencias de toda índole, el desamparo socio-económico al cual está expuesta, nos muestra que la única red de ayuda a la cual recurrir en casos urgentes y extremos es un tejido solidario muy inestable y frágil que se genera de manera orgánica a través de los vínculos comunitarios.

## Referencias

- Abdul-Alim, J. S. (9 de abril de 2020). El género y la igualdad en tiempos de coronavirus. *theconversation.com*. <https://theconversation.com/el-genero-y-la-igualdad-en-tiempos-de-coronavirus-135998>
- Amman, A. (2011). *El espacio doméstico: la mujer y la casa*. Nobuko.

- Brizuela Verón, G. (Ed.). (2018). *Plan Nacional de Igualdad (IV PlaNI) Allandar obstáculos para la igualdad Sustantiva*. Ministerio de la Mujer y ONU Mujeres.
- Carranza Jiménez, D. (6 de mayo de 2020). Gobierno de Paraguay afirma que no registró feminicidios en abril. *Aa.com.tr*. <https://www.aa.com.tr/es/mundo/gobierno-de-paraguay-afirma-que-no-registr%C3%B3-femicidios-en-abril/1831328>
- Jacobs, J. (1961). *Muerte y Vida de las grandes ciudades*. Colección Entrelíneas.
- Mlambo-Ngcuk, P. (6 de abril de 2020). *Violencia contra las mujeres: la pandemia en la sombra*. <https://www.unwomen.org/es/news/stories/2020/4/statement-ed-phumzile-violence-against-women-during-pandemic>
- Romero, M. (24 de marzo de 2020). La pandemia de coronavirus golpea con fuerza a las mujeres de América Latina. *France 24 horas*. <https://www.france24.com/es/20200324-coronavirus-mujeres-latinas-violencia-trabajo-informal>

### **Sobre la Autora**

*Melina Pekholtz*

Investigadora Independiente, Arquitecta-Urbanista. Arquitecta por la FADU, UBA. Máster en Viviendas Colectivas por la ETSAM, UPM-ETH Zürich.